



Claves para comprender

Jóvenes sin tregua

Culturas y políticas de la violencia

Ferrándiz, Francisco; Feixa, Carles (eds.)

Anthropos, Barcelona, 2005, 237 pp.

Correo-e editorial: anthropos@anthropos-editorial.com

En esta obra colectiva no se habla de la violencia en las aulas ni de la resolución pacífica de conflictos, pero suministra a cualquier agente educativo un montón de claves para comprender cómo se construye y representa la violencia en diversos entornos socioculturales. Más concretamente, se ocupa del lugar de la violencia en los estudios sobre juventud y el de ésta en los estudios sobre violencia. La lupa antropológica, mediante la aproximación etnográfica, fija su observación en las distintas manifestaciones de la violencia juvenil: padecida, ejercida, teatralizada, imaginada, mitificada, etc.

El epílogo de los dos editores saca punta a los diez estudios de casos, con un discurso brillante y bien cosido, en el que desentrañan la carga ideológica, las relaciones de poder, las luchas de resistencia y por la hegemonía, el binomio cultura-política, los distintos escenarios y rostros de la violencia, la mezcla de lo macro con lo micro —o lo estructural con lo cotidiano— que subyacen en la percepción de tres tipos de actores: victimarios, víctimas y testigos. Violencias juveniles que se asocian a diversas formas de ejercer la masculinidad, que están en constante proceso de mutación, que son extraordinariamente complejas y que los medios de comunicación sensacionalizan y simplifican en algunos casos, y ocultan o silencian en otros. Este texto se cierra con una alusión sugerente, aunque algo forzada, a los jóvenes después del 11-M.

El primer estudio, "Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador", de Philippe Bour-

gois, hace una clarificadora sistematización de cuatro tipos de violencia: política directa —ejercida tanto por el poder oficial como por la oposición—, estructural —producto de la desigualdad social y las condiciones de vida y de trabajo—, simbólica —expresiones racistas y sexistas, entre otras, con el consentimiento inconciente de las personas afectadas— y cotidiana —interpersonal, doméstica o delincuencia—. El cruce de estas violencias las ejemplifica en unos relatos desgarradores —sobre todo el de Carmen, víctima de la violencia de género— durante la guerra civil salvadoreña y tras la firma de los acuerdos de paz.

El segundo, "Masculinidad y rituales de resistencia en la *intifada* palestina. La política cultural de la violencia", de Julie Peteet, ilustra con varios ejemplos de qué modo las detenciones, las palizas y la cárcel sufridas por los jóvenes palestinos constituyen el ritual de acceso al heroísmo, a la autoridad, al liderazgo político y a la masculinidad. En el siguiente, "¿Quién es el asesino? Justicia popular y derechos humanos en un *squatter camp* sudafricano", de Nancy Scheper-Hughes, explica el funcionamiento de los tribunales populares y las formas locales de vigilancia, disciplina y castigo en las *town chips* y asentamientos informales sudafricanos, así como el impacto de numerosas escenas de violencia cotidiana por parte de una juventud fracturada y sin infancia. Larissa Lomnitz, en "Los usos del miedo. Pandillas de porros en México", se centra en el fenómeno de los grupos organizados de los partidos de fútbol, que usan la coerción como medio de control social, y que más adelan-

te se convierten en grupos mercenarios al servicio del Gobierno para controlar ideológicamente la Universidad Autónoma de México (UNAM).

Particular interés tiene "La tragedia de Carlos. Los vericuetos de la violencia vasca", de Joseba Zulaika, una metáfora de la cultura como tragedia en un pequeño pueblo polarizado por las posiciones políticas representadas por dos amigos íntimos que se van distanciando hasta que la comunidad les atribuye, respectivamente, los roles de héroe y traidor. El siguiente relato, de Loïc Wacquant, "Protección, disciplina y honor. Una sala de boxeo en el gueto americano", sorprende por su nueva manera de analizar y valorar los gimnasios de boxeo como escudos contra la violencia cotidiana del gueto y como espacios que estimulan el espíritu de disciplina, la pertenencia al grupo, la autonomía, así como el respeto al otro y a uno mismo. Los otros cuatro ensayos versan sobre la violencia entre los jóvenes colombianos; sobre la masculinidad y la violencia en el fútbol chileno; sobre los jóvenes espiritistas venezolanos; y sobre los jóvenes activistas, el Black Bloc y los medios de comunicación en Génova, donde se analiza la violencia imaginada y representada a través del impacto mediático.

Sería interesante que estas investigaciones de campo prosiguieran, abarcando a nuevos grupos: desde las *maras* centroamericanas hasta otras bandas que están adquiriendo un creciente protagonismo en nuestro país.

JAUME CARBONELL SEBARROJA